

si esto no fuera bastante, le cobra el *fisco* por Utilidades, y el Ayuntamiento por inquilinato, ¡en *substitución de consumo!*, teniendo que vivir en un piso que reúna las condiciones para el ejercicio de la profesión. Ha de tener un auto propio o de alquiler para cumplir con sus clientes, que muchas veces viven a largas distancias en las grandes poblaciones, o en casas de campo o masías, en poblaciones de menor vecindario. El médico no tiene horas fijas para el descanso. ¡Cuántas veces, rendido por el cansacio, apenas metido en la cama, me tuve que levantar para auxiliar a un enfermo grave! El obrero manual sólo trabaja ocho horas diarias, quedándole ocho para el descanso y otras ocho para sus *distracciones*. Hay muchos obreros que ganan más sueldo que un médico rural o de pequeña clientela en las grandes poblaciones, sin tener que vestir y vivir como el médico. En las grandes ciudades, especialmente en las que existen universidades, hay una multitud de médicos jóvenes empleados en los hospitales, ¡sin sueldo alguno! Están como honorarios para que esto les sirva de mérito, posiblemente en día lejano, y si no se atraviesa alguna *influencia caciquil* para obtener una plaza de modestos honorarios. Y se dan muchos casos en que siguen el curso de la vida continuando de perpetuos meritorios. ¡Ya que no tienen recompensa en esta vida, la esperarán de la otra, sin tener la vocación del *trapense*, como dijo un político. No existe profesión alguna en la que sucedan hechos semejantes. Esta situación tan anómala no obedece más que al excesivo número de médicos, de la que se aprovechan muchos desaprensivos. Había un individuo que podía pagar las visitas y se jactaba de que nunca había gastado dineros en médicos. Como hay tantos profesores que esperan clientes, éste iba *saltando* de una a otra parte, desahuciendo al que dejaba para congratularse con el actual. ¡Defecto muy grande entre los malos compañeros que hay en la clase médica! ¡Hay tantas sociedades que operan con médicos casi gratuitos! Existen otras en las que por una *ínfima cantidad* se asiste a los asociados médica y quirúrgicamente, incluso asistencia en estancias de clínica y operaciones. Ya no falta más que poner como profesional remate: “Se costeará el entierro, si falleciere el asociado, y el luto de la familia hasta el segundo grado.” ¿Qué harán estas sociedades cuando se presente una epidemia y tengan que albergar a sus numerosos asociados? ¿Qué margen queda al *médico libre*, *cercado* por tanta sociedad *humanitaria* y por el Estado, que le cobra la patente y contribución utilitaria, y el Ayuntamiento, que le exige el Inquilinato, con irrisible descuento por ser médico, y en muy desigual escala que al sastre y otros industriales, teniendo que vivir en pisos de alquiler caro por las necesidades de su profesión?

Hace muchos años vino a visitarme uno de esos fundadores de sociedades filantrópicas para proponerme el ser cirujano consultor, pues esto me daría *fama* y *ganancias*. Tuve curiosidad de leer el reglamento, y días después se avisó conmigo. Le dije al *fundador*: “No me convienen ni la *fama* ni las *ganancias*. Y por lo que he podido leer *entre líneas* en el reglamento, si la sociedad cumple lo prometido, no es posible que pueda *subsistir*.” Por toda contestación se encogió de hombros, una ligera sonrisa se dibujó en sus labios y se despidió de mí. ¿Qué significaría aquella sonrisa que no me atrevo a calificar!

* * *

El médico ha de luchar con el cacique e influencias políticas, siendo ilusoria su independencia, porque aun cuando el Estado le pagase directamente la titular como inspector de Sanidad, esta medida alcanzará a unos cuantos, supongamos